CAPÍTULO XVIII

Hostalrich

I

No produjo en Cataluña la gloriosa caída de Gerona todo el efecto que esperaban los franceses. Sin duda que se lamentó amargamente su pérdida, pero no por eso decayeron en lo más mínimo los ánimos, y á fe que lo que estaba sucediendo era para desalentar al más animoso.

Después de la extraña despedida de Blake y de la interinidad de Portago, sucedió al señor marqués el general García Conde, y á éste, como más antiguo, el general D. Juan Henestrosa, muy distantes todos ellos de hallarse colocados al nivel de lo que las circunstancias exigían. El Congreso Catalán de Manresa acordó disolverse, sin que los somatenes hubiesen podido hacer nada en favor de la heroica Gerona, y el ejército español siguió acuartelado en Vich, pero sin dar la menor señal de vida. En cambio los migueletes no le dejaban un instante de reposo al enemigo, cubriéndose de gloria cada día Rovira en el camino de Figueras y Clarós en Besalú. Caudillos populares y estimados, y de aquellos que atacaban siempre, veían engrosar de continuo sus partidas con los somatenes que se les reunían. En vano Souham y Verdier se volvían locos tratando de batir á aquellos *brigantes* tan inconcebiblemente tercos: sólo conseguían caer en emboscadas, perder gente y adquirir el convencimiento de que eran menester refuerzos para reducir á aquella gente.

Luego de caída Gerona había Augereau dividido su gente en tres columnas. La una se dirigió á la costa, entrando á sangre y fuego en Palamós, de cuyo pueblo tenían ganas de vengarse por la enérgica resistencia opuesta á Fontane cuando le atacó en julio por orden de Saint-Cyr para impedir que se pudiese socorrer á Gerona desde allí. Entonces degollaron á cuantos les pareció, pero ahora se cebaron más que nunca en sus indefensos moradores. ¡Grande hazaña!

La otra columna francesa fué dirigida á Olot, desde donde pasó á Ripoll (el 29 de diciembre); y como en Ripoll encontraron poca gente, degollaron á todos, vengándose así de los que no les habían querido esperar.

Por último, la tercera columna, al mando de Fontane, recibió el encargo de ir á apoderarse del castillo de Hostalrich, verdadero padrastro que, una vez desaparecido el obstáculo de Gerona, impedía la libre comunicación de Barcelona con Francia, y en Barcelona estaban muy apretados los franceses por falta de víveres.

Llegó Fontane á la vista del castillo el 13 de diciembre, esto es, dos días después de haber entrado Augereau en Gerona. Fontane, creído de que la caída de esta plaza había de quitarle al gobernador de Hostalrich las ganas de exponerse á otro sitio, en-

vióle un oficio enterándole de la pérdida de la inmortal ciudad y brindándole en los más corteses términos una honrosísima capitulación; pero conocía mal á D. Julián de Estrada, digno émulo de Álvarez de Castro. Recibió Estrada el oficio por conducto de un pordiosero, y la contestación fué enviarle noramala. El digno teniente coronel de Iliberia era un hombre muy bragado.

II

Realizadas todas estas hazañas, reconcentróse otra vez el ejército francés, y, deseoso ahora Augereau de ganar alguna batalla que le devolviese el crédito, pues ya se barruntaba que Napoleón, enfurecido por su fiasco delante de Gerona, iba á darle las dimisorias, decidió atacar al ejército español de Vich, saliendo á dicho efecto el día 1.° de enero. La cosa, sin embargo, no le salió bien. Los nuestros, que eran muchos menos, le tuvieron á raya, ganándole muchas acciones, hasta que al fin decidieron abandonar aquella ciudad para hacerse fuertes en Tarrasa y Manresa, puestos que se prestaban mejor á la defensa y á las conveniencias estratégicas. Entró, pues, en Vich el duque de Castiglione cuando ya habían salido los españoles, y, creyendo hijo del temor lo que sólo era cuerda previsión, quiso perseguir á los nuestros; pero bien caro le costó el empeño. En efecto: habiéndose topado en Moyá con las divisiones Porta y O'Donnell (había sido ya el digno coronel de Ultonia ascendido á general), trabóse un encarnizado combate, en el que se vió á aquel héroe «pelear con ventaja hasta como soldado y cuerpo á cuerpo,» dejando los franceses más de 200 muertos sobre el campo de batalla.

Seguía entretanto el castillo de Hostalrich manteniendo enhiesta la bandera española. No cesaba Duhesme, desde Barcelona, de pedirle á Augereau, por Dios y todos los santos, que le enviase qué comer, y por tales consideraciones decidió el duque de Castiglione acabar con Hostalrich, pidiendo para el caso se le mandasen refuerzos de Francia. El 13 de enero había enviado allí 400 infantes y 200 caballos para que tomasen posiciones; pero se acercaron demasiado y la plaza, saludándoles con algunos cañones y enviándoles 6 granadas reales, puso á la caballería en dispersión. Estaba visto que á los españoles no les convencía nada ni escarmentaban nunca en cabeza ajena.

Al otro día comparecía allí el general de brigada Mazucchelli con 3,000 hombres y 20 cañones, y á poco se le reunía Souham con 3,500 infantes y 300 caballos; por manera que estaba bloqueado el castillo por 6,900 hombres y 700 caballos, sin que, al parecer, impresionase esto en lo más mínimo á los sitiados.

Por fin, el 21, personóse allí Augereau y envió de nuevo á Estrada proposiciones de capitulación; pero el gobernador se limitó á contestar: «—Hijo Hostalrich de Gerona, debe imitar el ejemplo de su madre.» Augereau, convencido de que aquello iba á durar también la vida perdurable, se marchó, dejando á Mazucchelli y á Souham el cuidado de continuar el bloqueo y de hacer frente á los somatenes, mientras se procedía á emplazar las baterías de sitio.

III

El duque de Castiglione tenía prisa, en efecto, por llevarle un convoy al desesperado Duhesme. La capital del Principado estaba atravesando por una verdadera crisis: la población había disminuído mucho desde que comenzó la guerra, alejándose las familias pudientes, y, como los fabricantes no trabajaban, los obreros se veían privados de recursos y en la mayor miseria, á lo cual hay que añadir el mal humor de la mocedad, avergonzada de no acudir al llamamiento que por medio del Congreso Catalán y de la Junta del Principado les hacía la provincia. Pero ¡la manera de poder escapar de Barcelona!

Duhesme salía á veces en busca de víveres; pero ¡con cuántos trabajos! La ciudad estaba rodeada de partidas y somatenes que sólo anhelaban ocasión de sorprender á las columnas francesas. Especialmente la división del Llobregat, al mando de Orozco, era para ellos una verdadera pesadilla. Una salida de Duhesme en busca de víveres equivalía á la seguridad de una serie de acciones de guerra y á un peligro gravísimo y constante.

El duque de Castiglione, pues, luego de haberse marchado de delante de Hostalrich, púsose á la cabeza del convoy destinado á Barcelona, en combinación con la salida que hacía Duhesme desde aquella plaza. Contaba Augereau con 9,000 hombres para escoltar las acémilas y bagajes, y Duhesme, con 2,000 hombres, había salido ya el 19 para reunirse con el duque en Granollers.

No se descuidaban los nuestros: el día 20 atacaba la división Campoverde (cuya vanguardia acaudillaba ahora D. José Manso), en Santa Perpetua, á los franceses de Duhesme, mientras que Orozco, colocándose en Tarrasa, llamaba la atención hacia aquel lado. El ataque de Campoverde fué magnífico: cogióle á Duhesme 400 prisioneros; pero, apenas repuesto el asendereado general francés del tremendo varapalo, acudió por Castelltersol el general Porta, reunióse con Campoverde, y copáronle en Mollet todo el segundo escuadrón de coraceros. El resto de la columna pudo á duras penas guarecerse en Granollers, y de seguro hubiera caído en poder de Campoverde y Porta á no haber llegado Augereau con sus 9,000 hombres. Con eso pudo el convoy continuar su marcha; pero, apenas llegado á Barcelona, el duque de Castiglione apresuróse á destituir á Duhesme, nombrando en su lugar á Maurice Mathieu. Conseguido ya el objeto de la expedición, retrocedió en seguida Augereau á Hostalrich, temiendo que los somatenes no le cortaran el paso. No pensaba mal el hombre que tan triste papel había desempeñado delante de Gerona, pues no ignoraba que acababa de ser nombrado capitán general de Cataluña don Enrique O'Donnell, ya mariscal de campo, y no había soldado francés que no pudiese dar muy menuda noticia de cómo las gastaba el antiguo coronel de Ultonia. Marchóse, pues, Augereau, y fué á acampar á orillas del Tordera, en espera de los refuerzos que debían enviarle de Francia, pues la verdad es que, de los 35,000 hombres que habían tomado parte en el tercer sitio y bloqueo de Gerona, apenas quedaban 15,000.

IV

Pronto se echó de ver que el ejército de Cataluña contaba ahora con un jefe á la altura de las circunstancias. Era, sin duda, el joven general, si activo, valiente y ambicioso de gloria, un tanto atropellado; pero perdonábasele de buena gana este defecto porque, en atención á lo que se necesitaba entonces, era mejor una ventaja. Sí: valía más un *atropellado* que un parsimonioso, un entusiasta que un profeta de desgracias. Era menester un general *audaz, audaz* y *audaz,* á prueba de derrotas, si experimentaba alguna, y nadie como D. Enrique O'Donnell para el caso. Apenas hubo tomado posesión del cargo, demostró en grande escala las dotes de organizador y de ordenancista, que hasta entonces sólo había tenido ocasión de revelar al por menor. Distribuyó su gente en nuevas divisiones y brigadas, y el 6 de febrero reconcentraba todo su ejército en Manresa, con excepción de la tercera división (á las órdenes del brigadier Martínez), que fué repartida entre Martorell y la línea del Llobregat.

Pronto consiguió O'Donnell organizar un ejército formado por 8,000 infantes y 1,000 caballos, y con eso bien disciplinado y perfectamente dispuesto. Contando, pues, con un contingente tan lucido, decidió tomar la ofensiva y atacó á la guarnición francesa de Moyá (14 de febrero), infundiéndole esto nuevos bríos hasta pensar en desalojar de Vich al enemigo. Así lo intentó, en efecto (19 de febrero), á pesar de no contar absolutamente con ninguna pieza de artillería. La batalla, sostenida por Souham, fué sangrienta y porfiada; pero no favoreció la suerte á los nuestros, pues perdimos 1,800 hombres, la mitad prisioneros y la otra mitad muertos ó heridos. Sin embargo, no por eso decayó el espíritu de las tropas, que esperaron mejor ocasión.

Al día siguiente de la desgraciada batalla de Vich bombardeaban los franceses con tremendo vigor el castillo de Hostalrich, arrojando sobre él 160 bombas incendiarias, lanzadas por una batería de los morteros colocada en la cortina de la muralla de la villa, continuando desde entonces sin interrupción el bombardeo.

Sosteníase intrépidamente la fortaleza á pesar de la horrorosa lluvia de hierro que incesantemente caía sobre él; pero no era D. Julián de Estrada hombre que se amilanase por aquello. Resueltos los somatenes, libres de la tutela de Blake, á auxiliar á los heroicos defensores del castillo, prepararon un convoy para que lo introdujesen en la fortaleza los somatenes ó *compañías de reserva* del Vallés, al mando de su bizarrísimo jefe D. Esteban Pagés. Tenía éste á sus órdenes unos 1,000 hombres, montañeses valientes y entusiastas, y durante la noche del 2 al 3 de marzo apostóse en Orsaviñá, donde permaneció hasta la madrugada del 4.

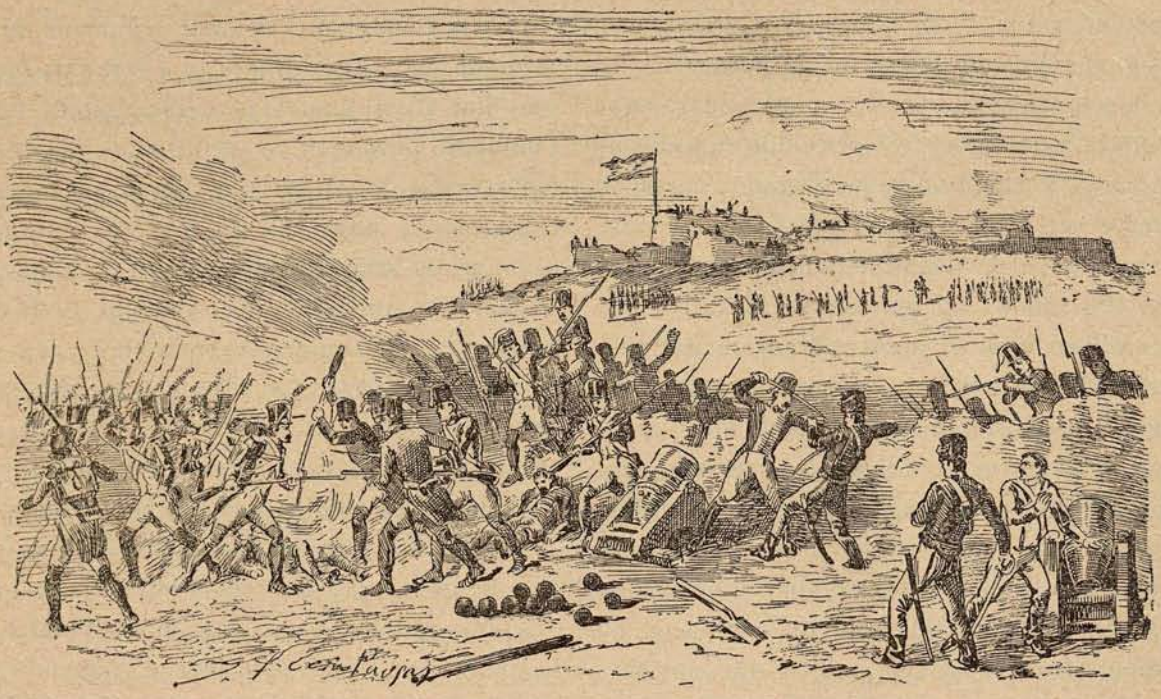
Amaneció este día cubiertos de espesa niebla los campos, y así pudo llegar hasta las mismas líneas de los sitiadores sin que éstos lo advirtiesen. Rompiendo entonces un vivo fuego contra ellos, dispersólos, lan-

zándose los franceses, llenos de pánico, en el Tordera, vadeándolo y buscando la salvación en la otra orilla; mientras lo cual Pagés introducía el convoy en el castillo, sin perder ni un hombre ni un bagaje. Con esto podría la fortaleza resistir durante algún tiempo más, y hacía ya tres meses que estaba resistiendo. Aquellos sitios eran la desesperación de los franceses.

V

Entretanto habíanle llegado á Augereau los esperados refuerzos; por manera que, sin contar la guarnición de la capital del Principado, contaba ahora (primeros de marzo) con 30,000 hombres.

Urgía enviar un nuevo convoy á Barcelona, siempre en los mayores aprietos, y á ello se dispuso el



Sosteníase intrépidamente la fortaleza...

duque de Castiglione. Ciertamente que consiguió meter el socorro, pero no sin dejar por el camino muchos muertos y perder bastantes bagajes, pues á cada paso tenía que temerse una emboscada de los somatenes.

Augereau quiso echárselas ahora de *pacificador* por medio de la persuasión. Era dueño de casi todas las actuales provincias de Barcelona y Gerona, y el resto del Principado iba á verse en breve invadido por sus 30,000 hombres. Sin embargo, ningún efecto surtieron sus proclamas, ni causó el menor efecto el decreto imperial que segregaba á Cataluña del resto de España y la reunía al imperio francés, aunque con gobierno particular.

Persuadido, al fin, el duque de Castiglione de que no convencería á nadie, determinó proseguir con vigor las operaciones, activando el sitio de Hostalrich y ocupando á Manresa, Villafranca, Vendrell y otras poblaciones abandonadas por los españoles. Al saber O'Donnell que Augereau se adelantaba con 12,000 soldados, habíase replegado á Tarragona (21 de marzo), donde se le reunió la división aragonesa de Tortosa, fuerte de unos 7,000 hombres. Ya se podía, por lo tanto, hacer algo, ya que no era O'Donnell hombre que se supiese estar quieto.

Sabiendo, pues, que en Villafranca del Panadés había una fuerte guarnición francesa, mandó al general D. Juan Caro (hermano de Romana, y del cual no podremos decir muchas alabanzas en lo sucesivo) que atacase á aquella fuerza, portándose tan bien que hizo prisioneros á los 700 hombres que componían aquel trozo. No cabe negar que en el ataque de Villafranca se condujo Caro con bizarría y denuedo, hasta resultar herido, y que el resultado fué como pocas veces hubiesen conseguido nuestras armas, pues ahí eran nada 700 prisioneros.

Herido D. Juan Caro, reemplazóle el marqués de Campoverde, caudillo muy popular á la sazón, has-

ta desgraciarse tan extrañamente en la ocasión que ya se verá más adelante. El plan de O'Donnell era ahora distraer al enemigo para poder él acudir en socorro de Hostalrich, y á este fin mandó á Campoverde que marchara hacia Manresa para reunirse con Rovira, que andaba por allí dándole toda clase de disgustos al general Schwartz.

Los somatenes, en efecto, aparecían en aquella fecha más pujantes que nunca, y había para desesperar al más flemático al ver el inútil fruto que se sacaba de ganar plazas y triunfar en batallas. Porque ¿de qué había servido la caída de Gerona? ¿De qué la victoria de Vich? El castillo de Hostalrich seguía haciendo frente con creciente arrogancia á los sitiadores. La guarnición de Villafranca era hecha prisionera y los somatenes amenazaban con cortar absolutamente las comunicaciones entre Barcelona y Francia. Pues ¿y la expresada capital? Allí se estaban los franceses como en una verdadera cárcel, imposibilitados de poder sacar un pie fuera de las puertas y precisados á vigilar con el mayor rigor para no ser objeto de un golpe de mano.

La audacia de los nuestros no tenía límites. Después del convoy introducido en el castillo de Hostalrich por los somatenes del Vallés, acababa de repetirse ahora la función, siendo esta vez el jefe del convoy el coronel Fernández Villamil. Ya estaba harto quebrantado el crédito de Augereau por su impotencia contra Gerona: comenzaba ahora abril, y no parecía sino que debía sucederle lo mismo con Hostalrich, sitiado desde hacía cerca de cuatro meses. ¡Los principios de Carnot veíanse desmentidos constantemente tratándose de las vetustas y nada fuertes plazas españolas!

Asustado Augereau con la espectativa de una segunda Gerona, y enterado de que los nuestros se disponían á meter un tercer convoy en el castillo de Hostalrich, salió precipitadamente de Barcelona (11 de abril) para acabar con aquella resistencia.

La cosa, sin embargo, ofrecía algunas dificultades.

VI

Está situada la villa de Hostalrich á 6 leguas de Gerona, en una escarpada altura de difícil acceso, dominando, en la época de que tratamos, la carretera de Barcelona á Francia. Báñala el Tordera por el E., y en lo alto de una fragosa eminencia, al O., levántase el antiguo castillo, guarnecido á la sazón por 900 hombres. Coronaba la fortaleza un *caballero* en forma de trapecio, capaz para seis piezas de grueso calibre, y debajo del cual encontrábanse unos aposentos abovedados, á prueba de bomba, donde se alojaba el estado mayor.

El castillo, rodeado por un foso, tenía dos puertas: una para salir á la villa y otra para salir al campo, ambas con su correspondiente puente levadizo.

El término es sumamente pintoresco, poblado de encinares y fragoso.

Tal era la valiente fortaleza que, sin arredrarse por la suerte de Gerona, estaba resistiendo heroicamente á los franceses desde el día 13 de enero.

En punto á penalidades y desastres no tenía nada que envidiar el castillo de Hostalrich á la plaza con tanto españolismo defendida por Álvarez de Castro, antes bien conocían aquellos valientes soldados un tormento que, en medio de todo, no habían padecido los gerundenses: la falta de agua. En todo lo demás estaban iguales.

La presencia de Augereau se señaló por un violento recrudecimiento en el bombardeo, pareciendo imposible cómo podían soportar las murallas de la fortaleza aquella horrorosísima turbonada de hierro. Baste decir que los franceses arrojaron contra la plaza 4,800 bombas de 14 pulgadas, con mechas incendiarias. Sin embargo, la respuesta de Estrada, á cada recado que le mandaba el enemigo proponiéndole un arreglo, era: —No quiero capitular, ni capitularé.

Así trascurrió un mes, sin que los grandes elementos colocados allí por el duque de Castiglione fuesen de ningún efecto.

El 9 de mayo (ya se recordará que Augereau se encontraba delante del castillo desde el 11 de abril) los sitiadores habían avanzado hasta hallarse á tiro de pistola de la fortaleza. Las baterías demolían las murallas, las bombas incendiarias ocasionaban los más horribles estragos; pero no por eso callaban los cañones ni enmudecían las bocas de los fusiles de los españoles. Aquellos 1,200 hombres amontonados allí dentro hasta ahogarse, hambrientos, sedientos, no querían oir hablar de capitulación.

Pero no había una gota de agua. ¿Qué hacer? Por otra parte, era en vano esperar ningún socorro: el

castillo estaba encerrado completamente dentro de un círculo de bayonetas, infranqueable. Sólo quedaba un recurso (pues ya se había resuelto terminantemente que *el castillo de Hostalrich no capitularía)*, y era salir de allí abriéndose paso á la bayoneta.

Aprobado el plan en consejo de jefes, recibióse otra intimación de Augereau para rendirse, ofreciendo las mismas condiciones que se habían concedido á Gerona, á lo cual contestó el gobernador Estrada agradeciéndole la comparación, pero rechazando en redondo toda tentativa de capitulación ni cosa parecida (11 de mayo); respuesta que llenó de ira al brutal mariscalote, siempre más valiente que entendido.

Estrada envió aquel mismo día orden al coronel Fernández Villamil (el que había metido el segundo convoy) para que, con su división y los somatenes que pudiera, llamase la atención del enemigo por la parte de Orsaviñá y Montnegre, al mismo tiempo que otra división, al mando del coronel Adriani, se situaba en las faldas meridionales del Montseny, adelantándose hasta Breda. Estas órdenes fueron llevadas por algunos intrépidos oficiales que, disfrazándose de labradores, tuvieron la audacia y la fortuna de poder romper la línea francesa á favor de la oscuridad; siendo uno de esos bravos emisarios nuestro amigo Pedrarias, que, juntamente con otros oficiales, había comparecido en el castillo al fugarse de Gerona antes de la entrada de los sitiadores.

VII

Á las diez de la noche del 12 de mayo, y después de haberse despedido de los pobres enfermos y operados que allí quedaban á cargo del contador del hospital Sr. Mellado, la guarnición del castillo de Hostalrich, formada en la plaza de armas, y con la bayoneta calada, saltaba por la estacada, deslizábase por el camino cubierto, lanzábase á la carrera por la colina abajo, hacia levante; cruzaba la carretera de San Celoni, trasponía la huerta, ganaba las alturas de Massanas arrollando los campamentos franceses, y, dejándose atrás á C'En Naulard y San Jacinto, proseguía su camino hacia San Feliu de Buxaleu, siempre unida y compacta como una falange. Hallábanse ya los nuestros á una legua del castillo cuando tropezaron con otro campamento francés, trabándose una viva lucha, pero arrollándolo como todos los demás. Por desgracia, tres compañías que iban á vanguardia, llevando al frente al bizarro D. Julián de Estrada, erraron el camino y, separándose del resto, fueron á parar á Arbucias, donde se toparon de manos á boca con una fuerte división francesa. Eran 300 hombres nada más, y el enemigo se mostraba muy superior en número. No por eso se arredró Estrada: en medio de la oscuridad de la noche, y como oyese el toque de ataque de las cajas y clarines de los cazadores franceses, mandó tocar á ataque también, y sus trescientos héroes se lanzaron á la bayoneta contra la masa de los contrarios. Fué inútil, sin embargo, tanto denuedo, y las tres compañías quedaron prisioneras, lo mismo que el bravo gobernador, mientras el resto de la columna (800 hombres), dirigida por el coronel de artillería D. Miguel López Baños, proseguía su retirada hasta entrar tranquilamente en Vich.

Estrada y los oficiales prisioneros fueron conducidos en seguida á presencia del general Mazucchelli, que les armó la escandalosa por su resistencia, disponiendo fuesen puestos en seguida en capilla para ser fusilados; barbaridad que no se llevó á cabo por no haber Augereau aprobado el fallo, contentándose con enviar á Francia á los prisioneros.

En cuanto los franceses penetraron en el abandonado castillo, sin encontrar más que algunos enfermos y heridos, se vengaron quitándoles á éstos las mantas de las camas, única cosa de que se pudieron apoderar.

Cuatro meses y medio les costó á los enemigos apoderarse de aquel castillejo de poca cuenta, que encontraron convertido en un montón de escombros, con los cañones clavados y exhausto de todo, hasta de agua.

Mientras tales muestras de bizarría habían dado Zaragoza, Gerona y Hostalrich, cada una en su respectiva esfera, la plaza de Lérida, gobernada por el general D. Jaime García Conde, capitulaba el día 14 de mayo, entregándose á Suchet, general en jefe de Aragón, al cabo de siete días de batería, y quedando, en consecuencia, prisioneros *6,000 hombres*. O'Donnell declaró *infames* y *traidores á la patria* á cuantos interesaron en la capitulación de Lérida, prohibiendo, además, que fuesen recibidos en

ningún cuerpo los oficiales y sargentos que hubiesen pertenecido á aquella guarnición. Lo cierto es que el espectáculo que dieron allí la tropa y el paisanaje armado, fuera del regimiento de infantería aragonés de D. Felipe Perena, fué deplorable, pues ya desde que comenzó el sitio ocurrieron muchas deserciones de migueletes. Lérida era una plaza mucho más fuerte que Zaragoza y que Gerona, y, no obstante, se vió allí lo que no se volvió á ver, por fortuna, en ninguna otra ciudad sitiada: la fuga erigida en sistema, los suizos pasándose á los franceses. Al punto que quedaba abierta una brecha, los soldados huían. En cuanto al gobernador, el sargento mayor y el teniente de rey, parecía que estuviesen en Babia: no sabían nada de lo que pasaba. Vamos, que no eran ningunos Álvarez de Castro.

Los franceses entraron facilísimamente en la plaza, y, como los mandaba Suchet, ya era de ver que sucedería lo que sucedió: saqueos, violaciones horribles á la vista de los padres ó maridos, incendios y robos. Quedaba, sin embargo, el castillo de Gardeny, donde se había refugiado alguna gente, especialmente mujeres y niños; pero, como ya sabía Suchet que García Conde y demás ardían en deseos de rendirse, mandóles decir que, si no se entregaban en seguida, iba á pegar fuego á la ciudad y á degollar á todo bicho viviente, y no fué menester más para que al momento se rindiese la fortaleza.

¿Fué traidor García Conde ó bien obedeció su comportamiento á cortedad de alcances? Podría ser esto último; pero el hecho de haberse pasado al partido del intruso acredita lo primero.

Para acabar de completar el triste cuadro que ofrecía Cataluña, el gobernador de las islas Medas, sitas en la desembocadura del Ter, D. Agustín Caillau, las entregaba también al francés.

El fácil triunfo de Suchet en Lérida fué la señal de la desgracia de Augereau. El ambicioso divisionario le escribió á Napoleón mil pestes del señor mariscal, acusándole de no ayudarle, y el emperador quitóle el mando al de Castiglione, enviando en su lugar al mariscal Macdonald, duque de Tarento, que había de apurar también aquí el cáliz de amargura.

Sería inexacto asegurar que no desmayara algo el espíritu del país con tantos contratiempos; pero estaba aquí O'Donnell para sostener á todo trance el entusiasmo, y gracias á él no tardó en reanimarse la confianza, y con fundado motivo, como tendremos ocasión de ver más adelante.

Suspenderemos ahora la narración de las cosas que ocurrían en el Principado para dirigir nuestra atención á otra parte, donde el heroísmo español no iba en zaga al desplegado á orillas del Ter y del Tordera.

de guerras entre testas coronadas. El primer personaje de España, oficialmente, era un cualquiera. Nadie hubiera sabido decir quién era el marqués de Astorga.

Napoleón no tenía por adversario al marqués de Astorga: tenía por enemigo al reino de Galicia, al principado de Asturias, á Cataluña, á todos los reinos y comarcas, á veces á una débil ciudad como Gerona.

Este era el secreto de sus impotentes esfuerzos. Cuando un general era vencido en una parte, cualquier general, muchas veces incapaz, rompía las hostilidades en otra.

El mérito de los jefes influía poco en la resistencia: el elemento principal era el patriotismo. Un revés no lo hacía decaer; una derrota irritaba, pero no convencía.

Y las derrotas que no convencen son enteramente

Las murallas de Astorga estaban coronadas por soldados españoles unidos al paisanaje

inútiles. Los zaragozanos que quedaron vivos después de los dos tremendos sitios que arruinaron á Zaragoza, no creyeron poder hacer cosa mejor que empuñar en seguida los trabucos y acometer á los franceses desde las breñas del Moncayo y las fragosidades de Albarracín.

Si esto hacían los aragoneses después de caída la heroica capital, ¿qué no habían de hacer los gallegos y asturianos después de dejar burlado á Soult y derrotar al mariscal Miguel Ney, duque de Elchingen, en la memorable batalla de Sampayo?

VI

Santocildes y Espinosa decidieron el plan de defensa de la vieja ciudad.

Astorga no era ninguna plaza fuerte: desmoronábanse los destartalados muros de la antigua *Asturica Augusta,* y no se había reparado nada ni construído ninguna nueva fortificación desde los tiempos de los romanos.

El día 9 de octubre de 1809 presentóse Carrier delante de la ciudad al frente de 3,000 hombres y un tren de batir.

Apoderáronse los bonapartistas del arrabal de Reitivia, y, parapetándose en las casas, rompieron el fuego contra la puerta del Obispo.

Los cañones de Tournelle contestaron vivamente á las piezas de Carrier, causándole grandes daños.

Las murallas de Astorga estaban coronadas por soldados españoles unidos al paisanaje.

Niños y mujeres disparaban también, alentando á los defensores.

Una de ellas, vestida de labradora y con la cara

tapada por el rebocillo, se distinguía más que las otras por su denuedo.

Junto á ella, y arrimada al muro, había un hacha. La joven disparaba sin cesar una escopeta con terrible puntería.

Una granada vino á caer cerca de un pelotón de paisanos, á punto de reventar.

La mujer se acercó, arrancó la espoleta, y con ella prendió fuego al oído del arma que tenía, derribando al francés á quien apuntó.

La noticia de la acción corrió de boca en boca; pero nadie podía decir de dónde había salido la intrépida heroína.

Hacía tres horas que duraba el fuego.

...asestóle en la cabeza terrible golpe...

Los franceses intentaron el asalto y acercaron escaleras al muro.

Una de ellas la apoyaron donde estaba *la mujer de la granada.*

Por más que de todas partes hacían fuego, un oficial, que iba delante de los asaltantes, llegó hasta la barbacana y disparó contra uno de los defensores, dejándole tendido sin vida.

La mujer cogió entonces con entrambas manos el hacha, asestóle en la cabeza terrible golpe, y el oficial cayó desplomado al pie de la muralla, huyendo los que le seguían.

Un anciano llamado Santos Fernández se acercó al cadáver del joven que el oficial había muerto y reconoció á su hijo.

El viejo besó á la prenda de sus entrañas, y, enternecido, pero firme y erguido, exclamó:

—¡Si murió mi hijo único, aun vivo yo para vengarle! (1)

VII

La acción duró una hora todavía.

---

(1) Histórico.

Los nuestros hicieron una salida, protegidos por la artillería, al mando de Espinosa, resueltos á hacer retirar á los franceses.

Atacáronles en sus trincheras del arrabal, y, después de un combate cuerpo á cuerpo, les obligaron á dejar el campo precipitadamente.

Al entrar de nuevo en la ciudad llamóle particular atención un grupo de gente que victoreaba á una mujer.

Espinosa vió con asombro á Estrella, vestida como las mujeres del pueblo.

Ella era la que había quitado la espoleta á la granada y dado muerte al oficial.

Su marido la había dejado en el alojamiento; pero ella había corrido á la muralla, deseosa de vengar á sus padres. Muchas otras mujeres habían seguido su ejemplo, y no habían querido ser menos algunos arrapiezos, que habían hecho sus primeras armas apedreando á Napoleón cuando estuvo allí.

Espinosa abrazó con efusión á su mujer.

—¡Eres valiente, Estrella mía!—le dijo.

—Tú me das el ejemplo, mi brigadier,—contestó ella.

El enemigo había retrocedido, lleno de despecho y rabia.

Por la noche la ciudad apareció iluminada y de fiesta.

Recorrían las calles animados grupos dando vivas y aclamando á los generales.

Al pie de los balcones de Estrella una alegre banda de jóvenes con bandurrias y guitarras cantó jotas y seguidillas en honor á la brigadiera, pidiendo verla á cada momento. Estrella, conmovida, se asomó al balcón, quedando pasmados todos, menos de su brío que de su hermosura.

Las fogatas encendidas en las torres de la Catedral anunciaban la victoria de los nuestros, sembrando la alegría en los contornos, cuyos moradores encendían también grandes hogueras en las cimas de los cerros.

A media noche oyéronse en la carretera de la Coruña clarines de caballería.

Adelantóse la guardia para asegurarse de quiénes eran los se acercaban.

—¡Es D. Julián Sánchez, que viene á vernos!—exclaman los soldados.

Era, en efecto, aquel insigne guerrillero, que con sus doscientos lanceros iba á felicitar á Santocildes, después de haber dado una terrible carga á los fugitivos de Astorga, cebándose en ellos con el enconado y justísimo odio que profesaba á los que, después de asesinar á sus padres y á su hermana, se atrevían á inferirle nuevos agravios llamando á su gente asesinos y ladrones, como hizo el general Marchand; bien que él le contestó de una manera que no podía ser ya más desabrida ni más áspera.

VIII

Al día siguiente prosiguió D. Julián su marcha y Espinosa fué á reunirse en Ciudad-Rodrigo con el general duque del Parque, acompañado de la escolta que había traído y de algunos voluntarios que querían seguirle.

Estrella quedó en Astorga, contra sus deseos, siendo continuamente aclamada. Grandes servicios prestó aún asistiendo á los heridos y socorriendo á los huérfanos, mostrándose en todo digna esposa del bizarro militar cuyo nombre llevaba.

Carrier se retiró á Salamanca, siendo recibido con terrible cólera por Marchand, que no comprendía cómo había podido replegarse con tan considerables pérdidas aquella división, derrotada por unos cuantos paisanos y soldados inexpertos, infligiendo así nuevo descrédito á las armas francesas. Carrier se excusó como pudo, prometiendo que había de tomar á Astorga en otra ocasión, y que los españoles eran capaces de derrotar á cualquier general.

—¡No me derrotarán á mí!—exclamó Marchand con arrogancia.

Carrier contestó entre dientes:

—Lo veremos.

CAPITULO II

Aurora

I

Espinosa fué acogido con vivas muestras de afecto en el ejército del duque del Parque, felicitándole todos por su comportamiento en la defensa de Astorga, y no escaseando los aplausos para su valerosa mujer. El brigadier rechazó modestamente las enhorabuenas que recibía, alegando que toda la gloria pertenecía al gobernador Santocildes, cuyas órdenes no había hecho más que secundar.

Irritado Marchand con la derrota sufrida por los suyos, dispúsose á ir al encuentro del grueso del ejército de la izquierda, á cuyo objeto reconcentró en Salamanca todas las fuerzas de su mando.

La *Roma española* miraba con especial aborrecimiento á los franceses, cuya insolente dominación se dejaba sentir allí más que en otras partes.

Siempre han disfrutado las salamanquinas notable fama de ser tan discretas y cultas como hermosas, según atestiguan los innumerables asuntos que, como ocurridos en aquella tierra, han servido en todo tiempo de argumento á poemas, dramas y novelas. Allí hubo ya en el siglo XVII una *Margarita* redimida, cual fué la *Esperanza* de *La tía fingida*, primer ejemplar de la especie preconizada después por Dumas y sus imitadores.

La nombradía universal de aquella ciudad había hecho que los franceses tomasen muy á pechos las calabazas que recibían, las cuales estaban en proporción con la afición que sentían por las beldades de las orillas del Tormes, desde las señoritas nobles á las graciosas *charras*.

Las dignas doncellas en nada querían desmentir ni quebrantar su antigua y tradicional preferencia por los alumnos de Minerva, y de ahí que fuesen diarias las pendencias entre los guerreros de Marchand y los ociosos discípulos de Vinnio y Avicena, á los cuales se infligían vacaciones que no entraban en sus cuentas. Esto les ponía de un humor diabólico y desfogaban sus bríos convirtiéndose en condes de Puñoenrrostro para con cuantos franceses se topaban de noche en las revueltas y encrucijadas.

II

Vivía por aquel tiempo en la isla de la Rúa una distinguida familia de crecida hacienda y de todos muy apreciada. El padre había pertenecido un tiempo á la magistratura, pero había tenido que abandonar su cargo por hallarse paralítico desde hacía algunos años. Llamábase D. Juan Osorio y había quedado viudo muy joven. Tenía un hijo estudiante y una hija de celebrada belleza. Aurora era su nombre, y no se le hubiera podido poner otro más acertado.

La casa estaba al cuidado de una regañona dueña

llamada D.ª Bernardina, mujer taciturna y fea, procedente de Sequeros y viuda de un antiguo alguacil de la cancillería de Valladolid.

Enrique, el hermano de Aurora, era uno de los mozos más atropellados y pendencieros de la capital, temido por los extraños y adorado por los que le conocían á fondo, pues unía á un natural poco sufrido una inagotable compasión para todas las desgracias. Adoraba en su hermana, respetaba y veneraba á su padre; pero no había garito, burdel, ventorrillo ni taberna donde no se temiese su presencia como la del mismo diablo.

No era el mozo hombre de cifrar sus pasiones en el amor de una damisela ó fregatriz, según el caso. Libre como el aire, sólo estaba á sus anchas al tratarse de duelos y asonadas, de juegos y bacanales. La dolencia de su padre y la presencia de numerosos oficiales franceses en Salamanca, harto dados á propasarse con las jóvenes, bonitas ó no, le habían privado de marcharse á engrosar la partida de D. Julián Sánchez; pero esperaba que tal vez, si su padre mejoraba algo ó se casaba su hermana, podría realizar sus deseos.

III

Un domingo salió á misa Aurora, precisamente cuando aparecían en el horizonte los celajes de aquel mismo nombre que ella llevaba.

Estaban desiertas las calles y los franceses redoblaban su vigilancia, temerosos de que, envalentonados con la victoria de Astorga, no intentasen los españoles algún golpe de mano.

Iba Aurora acompañada de la dueña, y, después de andar por varias callejuelas, llegaron á la plaza Mayor, por debajo de cuyos pórticos siguieron. En aquel momento pasaba una patrulla de caballería por aquel hermosísimo sitio y dió la voz de *¡Alto!* á las dos mujeres, que quedaron asustadas al verse detenidas por los temidos húsares de Kellermann.

Mandaba la fuerza un joven capitán de linda figura y gallardo aspecto, muy elegantemente vestido, y con corteses modales pidió á la joven dispensara la falta cometida, rogándola continuara su camino.

Así lo hizo la niña, que, seguida de la dueña, entró en la Catedral, oyendo devotamente la misa en la capilla del Sacramento y saliendo del templo algo sobrecogida todavía por el susto recibido al dirigirse allí.

Al pasar por una oscura callejuela vióse detenida otra vez al rumor de gritos y estocadas, estremeciéndose al reconocer la voz de su hermano. Adelantóse hacia donde estaba un grupo y vió á Enrique defendiéndose de tres hombres de mala traza que pugnaban furiosamente con él.

Aurora, trémula y desesperada, intentó gritar, más que gritó, con voz desfallecida:

—¡Socorro! ¡Dejadle, por favor! ¡Socorro! ¡Enrique!

—¡Atrás, canalla!—gritó en esto una voz de extranjero acento.

Era el oficial de húsares, que había ido siguiendo á Aurora desde su salida de la Catedral, cautivado por la hermosura de la niña.

El joven se precipitó contra uno de los que atacaban á Enrique, dejándole en breve mal herido. Arremetió luego á otro, y, mientras cruzaba su espada con él, cayó muerto el que seguía batiéndose con el hermano de la niña.

Al ver cadáver á uno de sus camaradas y maltrecho al otro, huyó el que bregaba con el polaco, quedando libre el estudiante de aquellos salteadores.

Reparó el joven entonces en el uniforme de su salvador y en la presencia de su hermana, y, nublándose su semblante, exclamó:

—Gracias, señor militar, por el auxilio; pero desearía me explicarais por qué motivo os encontráis aquí vos y mi hermana.

—Caballero,—contestó el húsar,—no sé qué intención podéis llevar al preguntarme eso, cual si creyerais que yo tuviese el honor de conocer á vuestra hermana, según decís que es esa señorita. La explicación es muy sencilla, diciéndoos que yo pasaba por aquí y ella también, y que, oyendo gritos de socorro, he creído que debía acudir en defensa del agredido.

—Me basta con lo dicho, señor capitán, y, aunque enemigo de cuantos siguen las banderas de Napoleón, os ofrezco mi amistad en lo poco que vale. Si en algo puedo seros útil, preguntad por Enrique Osorio, y todos os darán razón de él en Salamanca.

—Acepto vuestro ofrecimiento y estad seguro de

que no me ha cabido satisfacción igual desde que estoy en la Península. Preguntad por Conrado Walewsky, capitán del 1.º de húsares de la guardia, y encontraréis á todas horas en él á quien desea daros pruebas de sincero afecto.

Los dos jóvenes se estrecharon la mano, y Conrado hizo una profunda cortesía á Aurora, que á su vez miró al joven con mal contenida expresión de agradecimiento.

Aunque de tan distinta raza, tenían la española y el polaco algunos rasgos comunes: cabellos de un rubio ceniciento, ojos negros, tez de un blanco mate y dulce mirada. La niña era muy joven y no llegaría el capitán á los veinticuatro años. Fino bigote sombreaba su boca. Era alto y delgado, de agradable acento y finos modales. Aurora era más bien baja que alta. Andaba como una madrileña y su voz era angelical. Iba vestida de luto, dándole el vestido negro y la mantilla que encuadraba su rostro el aspecto de una imagen de la Dolorosa, á lo cual contribuía también lo ojerosa y pálida que estaba.

IV

Los dos hermanos y la dueña dejaron el herido al cuidado de un cirujano y siguieron su camino, no sin que Aurora echase de ver que el polaco no se movía del sitio en que se había despedido de ella, mirándola cómo se alejaba. En su turbación había dejado caer un pañuelo, que el oficial había cuidado de recoger y guardar cuidadosamente. Así se lo dijo en voz baja la dueña, que lo había visto.

—¡Qué susto he pasado, Enrique!—dijo la niña mientras andaban.—¡Qué miedo cuando he visto que eran tres contra ti! ¿Por qué te atacaban con aquella furia?

—Son cosas que no has de saber, Aurora mía. Eres demasiado buena para que te lo pueda contar todo. Aquellos eran asesinos pagados que nada tenían que ver conmigo: los había enviado otra persona.

—¿Tienes, pues, aquí, enemigos mortales?

—Sí.

—¡Dios mío! Y ¿no te guardas más de ellos? No te recojas tan tarde, Enrique, ni te expongas de esta manera. Nuestro padre está siempre lleno de zozobra, y apenas si puedo consolarle cuando á la hora de retirarnos no estás en casa, sin saber dónde te hallaríamos.

—De todo se sale uno.

—Pero, ya ves, hoy...

—Hoy sí que á ti te debo haber escapado: milagro ha sido que acertara á encontrarse allí ese capitán de húsares que ha acudido en mi favor al oir tus gritos.

—Me horroriza pensar en lo que hubiera sucedido á no ser por él.

—Con todo, ha sido desgracia tener que deber tal favor á un enemigo, que tal vez puede morir á mis manos dentro de pocas horas, ó yo á las suyas.

—¿Qué dices?

—Siento tener que participártelo; pero ante todo me has de prometer no decir nada á nuestro padre.

—No, no te lo quiero prometer, porque me figuro lo que has determinado. Vas á dejarnos y eso es imposible. Nuestro padre está cada vez peor después del último ataque que le ha tenido á las puertas de la muerte. ¿Cómo quieres que resista al dolor de perderte? Y, yo misma, ¿cómo quieres que pueda resignarme á estar sola en medio de tantos peligros como puede correr una débil mujer? ¡No, Enrique, por compasión á nuestro pobre padre, no nos dejes, y, si eso no te basta, te lo pido por compasión á mí!

—Es inútil cuanto me ruegues: bastante he esperado ya, y mañana, sin falta, he de estar en Ciudad Rodrigo. Nada digas en casa, y, si mi padre ve que no entro á besarle la mano como cada día, engáñale de cualquier manera para que esté tranquilo.

—Nos matarás á todos.

—Deja eso. Antes de partir he de hacerte un encargo que me importa cumplas puntualmente y que exijo no descuides.

Llorosa y acongojada Aurora, contestó:

—Di qué quieres.

—En la plaza de Santa María, junto á la iglesia, vive un sacerdote á quien debo grandes favores.

—Le conozco bien: es el padre Alcántara.

—El mismo es. En su casa hay oculto un herido de la acción del Puerto de Baños, cuando españoles y portugueses, al mando de Wilson, hicieron frente á Ney, que se dirigía aquí después de la batalla de Talavera. Este herido es mi mejor amigo. Yo le he cuidado noche y día, y ahora le ha-

brás de cuidar tú, cuando te deje libre nuestro padre.

—Bien: lo haré.

—Es leal, valiente y caballeroso. Era ayudante del brigadier Espinosa, que le estimaba mucho. Su nombre es D. Juan de Villanueva. Le quiero como á mi propio hermano y esto te lo dice todo. Fío en él igual que en mí mismo. Sus amigos son los míos y mis enemigos los suyos. Esto es lo único que te encargo y deseo cumplas.

—Lo cumpliré.

—Nada más. Creo que pronto nos veremos otra vez aquí. El plan es arrojar cuanto antes á los franceses de esta infortunada ciudad, y no hay duda que lo conseguiremos.

—¡Enrique! ¡Dios quiera que nos podamos volver á ver!

—Adiós. Ya no entraré yo hoy en casa: di á nuestro padre que me perdone, pero que no puedo dejar de acudir donde el honor me llama. Hasta que he podido he estado con vosotros; pero ha llegado, por fin, el momento de acabar. Tengo empeñada mi palabra.

V

Aurora procuró ocultar á su padre las distintas emociones que experimentara su ánimo. El antiguo magistrado, buen español ante todo, mostróse aquel día más implacable enemigo que nunca de los franceses, en vista de las tropelías cometidas por Carrier á su regreso de la fracasada expedición á Astorga.

Al caer de la tarde salió la joven, envuelta en un negro velo, y se dirigió á la plaza de Santa María en cumplimiento del encargo hecho por su hermano. El padre Alcántara no estaba y la recibió la anciana ama del virtuoso sacerdote.

—¿Vive aquí D. Juan de Villanueva?—dijo Aurora.

—Y ¿quién sois vos para preguntarme eso?—contestó el ama, sin conocerla de pronto.

—La hermana de su amigo D. Enrique Osorio, encargada de asistirle durante su ausencia.

—Perdone usía, señorita,—repuso la vieja.—Pase usía en seguida á la sala mientras voy á avisar á D. Juan. No creerá él, sin duda, que vengan á cuidarle serafines como usía.

Sentóse Aurora, y al punto volvió la digna doña Sebastiana, acompañándola á un apartado aposento.

Entró la niña y vió postrado en un humilde lecho á un joven de pálido y enflaquecido rostro, con la frente rodeada por una venda y la cabeza cubierta con un pañuelo.

Tenía crecida la barba, negra y fina; apagado el brillo de sus ojos garzos, afilada la nariz, descoloridos los labios, y blancas, al par que descarnadas, las manos. Hizo un ligero movimiento al ver á Aurora; pero ésta le indicó con una señal que no hiciese ningún esfuerzo.

—Soy Aurora,—dijo,—la hermana de vuestro amigo Osorio. Vengo de su parte para cuidarle á V. mientras él está ausente. Pido á V. me perdone si al principio no acierto á curarle como él lo hacía; pero, á lo menos, tenga V. por cierto que no será menor la buena voluntad con que lo hago.

El herido dió á Aurora las gracias con voz apagada, acompañando sus palabras con una fugaz mirada de viva satisfacción.

Junto á la cama había una arquilla abierta, en la que se veían algunas redomitas, vendajes, hilas, pañuelos y todo lo necesario para una curación de cirugía.

Como todas las mujeres discretas y buenas, Aurora tenía el instinto de hermana de la Caridad y conocía muchas de las prácticas empleadas para remediar las heridas. Así es que, sin preguntar nada al paciente, para no molestarle, ni á D.ª Sebastiana, por no fiar mucho en sus luces, fué levantando una á una las piezas del apósito, enterándose de su disposición y de la clase de tópicos que se empleaban en la cura.

Haciéndolo así, descubrió la herida, que estaba en vías de cicatrización. Era un horrible balazo sobre la sien derecha, que había roto parte del hueso y salido por la sien opuesta, circunvolucionando el cráneo por debajo del cuero cabelludo.

Cual si el cargo de enfermera fuese el suyo de siempre, Aurora hizo la cura con perfecta destreza y rapidez, quedando el herido en un bienestar antes de entonces no experimentado.

La joven se puso el manto y, acercándose otra vez al herido, le dijo:

—¿Cómo se encuentra V.?

—Bien, señorita, muy bien, desde que V. me ha curado.

—Hasta mañana, pues. Adiós.

—¿A qué hora?—preguntó el herido, mirando á Aurora con vivo reconocimiento.

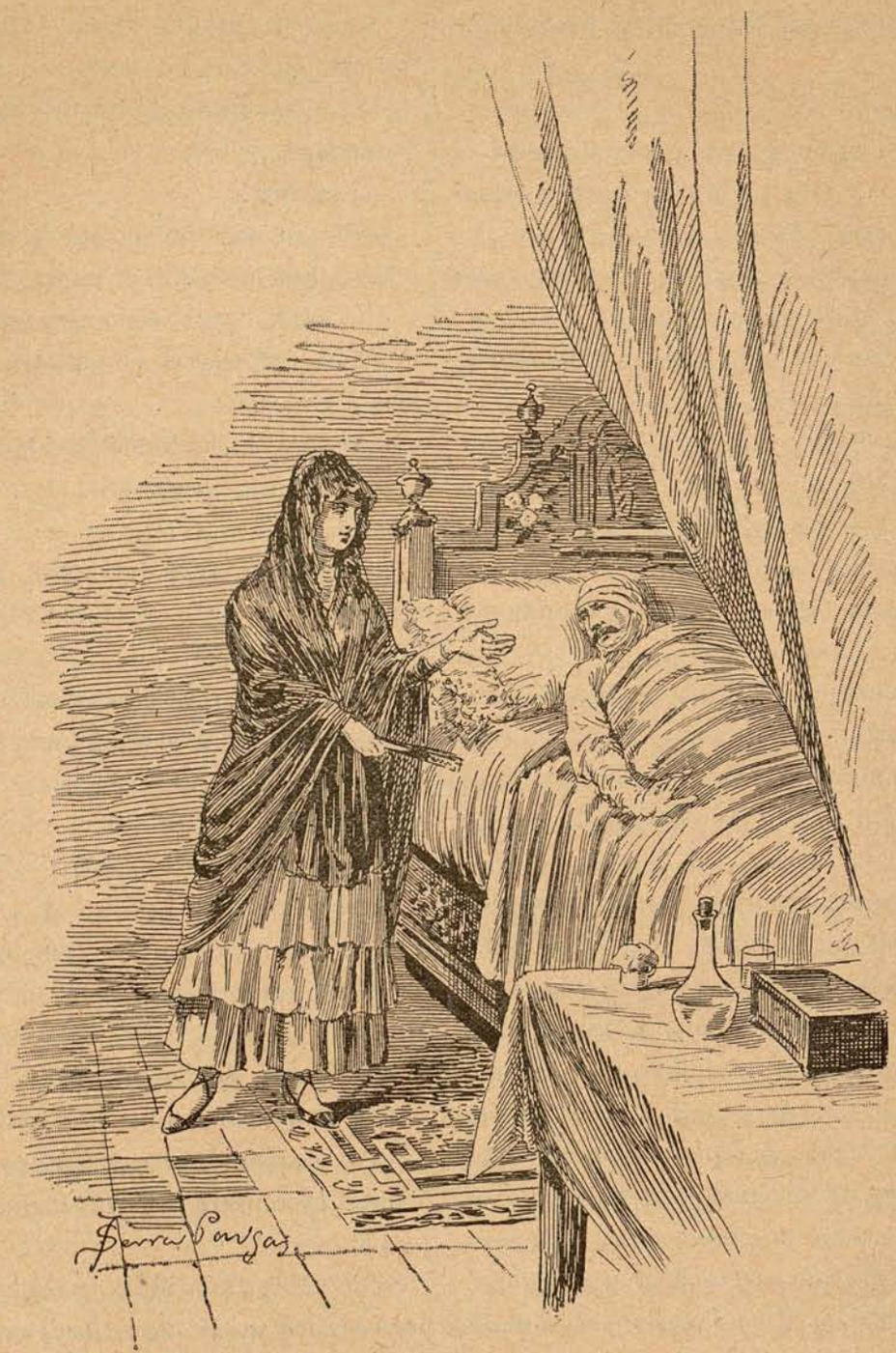
—A esta misma de hoy.

—¡Cuánto tardará V.!

—No tema V. nada: es lo que basta. Todo irá perfectamente.

—¡Cuán buena es V.!

—No hablemos de eso. Vamos, adiós, amigo mío. Si ocurre algo, mándemelo V. á decir.



—Soy Aurora,—dijo,—la hermana de vuestro amigo Osorio

VI

Al salir Aurora de la casa había cerrado ya la noche. Apresuró el paso; pero quedó confusa y turbada al ver que el oficial de húsares la saludaba con respetuosa cortesía y se colocaba á su lado.

—Excusad, señorita, mi atrevimiento,—dijo el polaco;—pero esta mañana he tenido la fortuna de poder recobrar un objeto que habíais perdido, y os he buscado para tener el honor de devolvéroslo, tanto más cuanto que un pañuelo puede ser muy útil cuando se viene de ver á un herido que se ama.

—¡Callad, por Dios, señor militar! Os equivocáis.

No, no es eso. Si sois caballero, no descubriréis que allí haya un pobre oficial enfermo, sin aliento para hablar siquiera. ¡Oh, señor militar! Creed que lo mismo que hago con él haría...

La imprudente joven había dicho demasiado y se detuvo.

—¿Con quién?—exclamó Walewsky, poseído de violenta emoción.

Aurora no contestó.

—Tomad vuestro pañuelo,—repuso tristemente el joven.—¡Qué dichoso debe ser quien alcanza á merecer vuestra simpatía!

La joven no hizo ningún movimiento para recobrar el pañuelo y siguió en su silencio.

—¿Cómo sabéis que hay un herido en donde yo he estado?—preguntó de pronto.

—Lo sabía ya desde que está allí. Cada día ha ido vuestro hermano á verle.

—¿Y no lo descubristeis? ¡Gracias, señor oficial, gracias! Sois un cumplido caballero.

—¿Es vuestro prometido el teniente Villanueva? —repuso de pronto Conrado.

—Si lo fuese,—contestó Aurora,—no estaría aún mi pañuelo en vuestro poder.

—Luego, ¿no le amáis? ¿No me engañáis? ¿No es suyo vuestro corazón? ¡Oh, Aurora! ¡Qué feliz sería yo si así fuese!

—Yo no conocía antes de hoy al amigo de mi hermano: acabo de verle por primera vez. Es un herido. A no ser por mí, nadie le asistiera tal vez.

—Nada temáis por él: yo os respondo con mi cabeza. Nadie será osado á importunaros ni á causarle á él la menor molestia. ¡Ay de mí! ¡Yo fuí quien le hirió! Se batía como un león en aquel desfiladero. Me había matado á cinco de mis húsares más bravos y el escuadrón se desordenaba. Para salvar á mi gente no tuve más remedio que asestarle un pistoletazo, que le derribó del caballo. Hícele prisionero, mandé le asistiesen con el mayor cuidado, y, una vez cerca de Salamanca, llamé á unos aldeanos y les encargué lo trasladasen aquí. Era muy amigo de vuestro hermano y pidió le mandasen llamar. Vino, y al punto lo hizo conducir á casa de ese sacerdote. Ahora, cuando esté curado, podrá Villanueva volver libremente á donde quiera, en vez de consumirse en los depósitos de prisioneros.

—Estad cierto, Conrado,—dijo la joven, pronunciando el nombre de su interlocutor, que al oirlo en boca de la hermosa española no pudo contener un movimiento de extremado gozo;—estad cierto de que vuestro comportamiento será tenido en cuenta por cuantos sepan distinguir dónde está la nobleza y la generosidad, sea cual fuere el campo en que se milite.

—¿Qué?—dijo Conrado.—¿Iríais á revelar á nadie esto que os he dicho?

—No hay necesidad,—dijo ella;—basta con que yo lo sepa.

—¡Aurora!

—Sé que sois bueno, que sois un digno y valiente oficial, que habéis dado hartas pruebas de hidalguía y que valéis tanto como otro cualquiera.

—¡Oh Aurora, si yo pudiera esperar que llegaseis á amarme!

—Callad: harto hemos hablado por hoy.

—Hasta mañana, pues.

—Sí.

La joven se dejó estrechar la mano por el extranjero y se retiró á su casa hondamente conmovida.

Por su parte Walewsky no cesaba de besar un enlutado pañuelo perfumado y fino, y esperaba ansiosamente que dieran las siete de la tarde del siguiente día.

VII

A la misma hora que la víspera salió Aurora de su casa para encaminarse á la plaza de Santa María.

Impulsada por su devoción entró en el gótico templo antes de subir á la pobre vivienda de Villanueva, rezando fervorosamente y pidiendo á la Virgen la amparase en la soledad en que se encontraba.

Salió confortada de la iglesia y se sintió animada para arrostrar las angustiosas pruebas por que estaba pasando, llena de caridad y amor.

Al verla Villanueva penetrar en la modestísima habitación que ocupaba, cambió su semblante y tornóse pálido y sonrojado.

—¡Cuán buena es V.,—exclamó,—y cuánto la molesto!

—No diga V. eso,—repuso Aurora;—todo cuanto pudiese hacer por V. sería poco.

—Yo se lo agradeceré á V. eternamente, porque he comprendido que sin V. se me iba la vida.

Tocóle entonces á Aurora el turno de teñirse de carmín sus mejillas y no contestó.

Con igual rapidez y habilidad que el día anterior procedió á la curación de la herida. Tenía tan suaves las manos que, en vez de causar dolor cuando tocaba la cruenta superficie, producía indecible consuelo.

Poco tardó en haber renovado el apósito.

Concluída su tarea, dispúsose Aurora á dejar á Villanueva, que no perdía ni uno solo de sus movimientos.

—¡Ah! ¡Por mi desgracia,—exclamó,—sabe V. curar harto bien las heridas que causan los húsares de Kellermann!

—¡Mejor!—contestó llena de turbación la niña, presurosa por marcharse.

—No, no mejor,—repuso Villanueva.—No hay bálsamo comparable al consuelo de verla á V. Desde que ha estado V. aquí parece que ya no tengo nada. Sólo cuando se va V. me parece que no hay otro dolor como el mío. ¿Por qué no se digna V. hacerme un rato de compañía?

—Ya se la haría con mucho gusto,—respondió Aurora;—pero tengo también que cuidar á mi padre.

—Ya sé yo que en eso no me es V. franca, puesto que su buen padre no la necesita ya tanto; y, en prueba de ello, que ha podido ya incorporarse Enrique á las partidas.

—Sí; pero no le conviene á V. hablar: créame V. Vamos: no puedo estar más tiempo aquí por hoy. Cuando se encuentre V. mejor...

—Bien, bien, Aurora: no quiero detenerla á V. Harto hace V. con tomarse tanto trabajo viniendo á curarme esta herida, que bendigo mil veces, pues ha sido la ocasión de poderla ver y hablarla á V.

Aurora, cada vez más confusa, se despidió del joven, dejó caer el espeso manto sobre su rostro y salió á la plaza.

VIII

Á los pocos pasos se puso á su lado Conrado Walewsky.

—Perdonadme si otra vez vuelvo á vuestra presencia,—exclamó;—pero no me es dado retener los impulsos que me conducen á seguiros. Os he visto entrar en el templo y he rezado con vos.

—Y ¿por quién rezabais?—contestó la niña.

—Por vuestra felicidad, Aurora.

—¡Ay!—repuso ella.—Difícil es que alcancéis vuestro deseo.

—¿No lo merecéis, acaso, más que otra mujer alguna?

—Mucho me lisonjeáis; pero yo he nacido para ser desgraciada.

—¿Qué os sucede?

—Permitidme que me reserve para mí sola los motivos de mi tristeza.

—Así lo haré, para que no podáis tacharme de indiscreto; pero, sabiéndolos ó no, de igual manera sufriré yo también, desde el momento en que no ignoro que no sois dichosa.

—Os agradezco vuestro interés, señor oficial.

—Frías palabras son las que empleáis conmigo. Más quisiera vuestro odio que vuestra tibia é indiferente estimación,—repuso de pronto, con vehemencia, Walewsky.

Pareció la niña haberse afectado con aquellas palabras y no contestó.

El polaco, en cambio, estaba agitado y se conocía que iba resuelto á alcanzar una decisiva explicación.

—¿Me concederéis el honor,—exclamó,—de desviar un poco vuestro camino, pues tengo que hablaros por más tiempo del que tardaríamos hasta llegar á vuestra casa?

Aurora contestó maquinalmente:

—Como queráis.

—Vamos por aquí, pues,—repuso Conrado tomando por una callejuela enteramente desierta y guardando silencio algún tiempo.

Á mitad de la calle pareció volver en sí, y con apasionado tono exclamó:

—¡Aurora, desde ayer mañana conozco que mi vida ha girado sobre su base! No soy yo mismo; no soy el oficial prendado tan sólo de la gloria, adorador de los combates, ambicioso de honores y nombradía: soy tan sólo vuestro esclavo; soy quien os adora y no siente más que amor. Veros y sentirme cautivado por vuestros ojos negros, todo fué acción de un momento: cuando os perdí de vista creí que había cerrado oscura noche. Sin vos me es enojoso todo: una pesada carga la vida, humo la gloria, mentira el poder y las pompas del mundo, ridículo el valor, cansancio y fastidio toda obligación. De-

cidme que me amáis y al punto lo dejaré todo por vos: porvenir, reputación y patria. Si no me amáis, decídmelo también, para buscar la muerte en la primera batalla. Decidme dónde está vuestro hermano para que me mate con sus balas ó al filo de su espada, y á él me iré alegre y contento, ya que vos me habréis enviado á que perezca. Me haréis el más dichoso de los hombres con una palabra vuestra. De no oirla yo de esos labios de rosa, sé que es mi sentencia, y la cumpliré pensando que os es agradable haber causado la muerte de un enemigo de vuestra nación, aunque este enemigo esté resuelto á envainar para siempre su espada contra la noble España, tanto si le amáis como no.

Calló el joven, y, al cabo de algunos momentos de ansiedad, respondió Aurora:

—¿Queréis que sea más desgraciada de lo que soy, Conrado? ¡Siento que estoy condenada á amaros, y, por mi desdicha, es un crimen querer á un hombre como vos, enemigo de mi patria!

—¡Oh ángel mío!—respondió el polaco.—Tu amor me desliga de todo compromiso. Ahora mismo voy á dejar el servicio y á convertirme tan sólo en tu amante que te idolatra: soy voluntario y puedo irme á mi casa cuando quiera.

—¡Y dirían que una española ha sobornado á un francés! No: harto sé que está próxima una batalla. Si la víspera de entrar en fuego fueseis á pedir vuestra separación del servicio y os viesen luego junto á mí y se enterasen de que me amáis y de que por mí habíais abandonado vuestros camaradas, pronto correría la voz de que no era á mí quien amabais, sino á la causa española. Vuestra seré, á vos os juro que amaré toda mi vida; pero no acepto el sacrificio de que os salgáis de las filas en que habéis ganado vuestros grados. Batíos como siempre habéis hecho, que yo sé distinguir entre franceses y españoles los que son dignos y nobles, y por tal os tengo. Os amo, os lo juro: ¿qué más queréis? Ni más me podéis pedir, ni más os concederé yo tampoco.

—Si os quería antes con toda mi alma,—respondió Conrado,—me infundís tanto respeto y admiración ahora, que creo no merecer que me améis tanto. Sois tan delicada y digna que vuestros pensamientos parecen más propios del honor en persona que de una inocente niña. Haré lo que decís, y dispensadme si he tenido el atrevimiento de declarar mi amor á quien merece ocupar un trono.

—¿Cómo podría ser digna de vos obrando de otra manera?

—Sin embargo, Aurora, esta situación necesita tener un pronto término. ¿Cómo se avendría vuestro padre á conceder la mano de su hija á quien hace armas contra su país?

—No penséis en este enlace hasta dentro de largos años. No queráis más, os repito, de lo que puedo daros. Dueña soy de mi corazón y puedo entregarlo á quien me plazca; pero no soy dueña de mi suerte. Nadie es capaz de impedirme que os adore; pero mi padre y mi hermano pueden oponerse á que me haga su esposa el hombre que yo quiero.

—¡Vuestro hermano! ¡Oh desdicha! ¡Estar en las guerrillas y yo con Napoleón!

—Ha hecho lo que debía; pero su patriotismo no puede mandar en mi albedrío. Soy tan patriota como él, Conrado; pero no temáis que me ciegue hasta creer odiosos á todos los franceses.

—Yo le veré y le manifestaré mi apasionada adoración por vos. Le pediré que interceda con vuestro padre, y le convenceré de que es necesario á vuestra felicidad el consentimiento de casaros conmigo.

—Sería inútil, Conrado. Mi hermano no escucha más voz que la de su pasión por la independencia nacional, y jamás será amigo de un extranjero.

—Pues, siendo así, ¿qué va á ser de vos cuando sepa que me amáis?

—Eso es cosa mía: nada temáis.

—Creed que no podré estar tranquilo teniendo á vuestro hermano por tan enemigo mío que se oponga á nuestro amor, por puro y sagrado que sea.

—Os repito que no paséis por eso ningún cuidado. Me importa poco que él sepa que os amo y que vos me amáis; pero no hay necesidad alguna de hacer público nuestro cariño.

Llegaron cerca de la isla de la Rúa, y allí se despidieron los dos amantes, quedando en verse al siguiente día.

Conrado sentía ya por Aurora un cariño sin límites, y no encontraba sosiego al pensar que de un momento á otro podía verse separado de su bien amada. Ésta, acostumbrada á sufrir y á llorar á solas, se veía con aliento para resistir todas las contrariedades que pudiesen oponerse á su naciente pasión. Desde que había visto al polaco y había comprendido la profunda impresión que había engendrado en él, habíase trasfigurado su rostro, y la

alabastrina blancura de su cara adquirió los tintes de su nombre.

Aquel era el primer amor de Aurora y la primera pasión de verdad que había experimentado el extranjero oficial. Uno y otro se encontraban en uno de aquellos momentos favorables al desarrollo de una afección amorosa. Las circunstancias en que se habían visto y ese inefable sentimiento que se llama simpatía, había hecho que desde el primer instante en que se cruzaran sus miradas se sintieran poseídos uno y otro de una especie de estremecimiento que les dió á comprender que en sus corazones acababa de encenderse la amorosa llama.

CAPÍTULO III

De noche

I

Puntualmente acudió Aurora, al siguiente día, acompañada de su dueña, á hacer su acostumbrada visita á Villanueva. Afligíale á la joven la sospecha de que el pobre herido hubiese tal vez concebido por ella una pasión que había de ser desgraciadísima en cuanto jamás podría ser correspondida, y no se atrevía, dado el estado del enfermo, á desengañarle, exponiéndose á causar alguna desventura.

Al aparecer en la estancia le extrañó la amargura que expresaba el semblante del bravo militar, y temió no hubiese traslucido algo de sus relaciones con el oficial extranjero.

—¿Cómo se encuentra V.?—le dijo con su dulce voz la niña, alargándole la mano.

—Estoy bien, señorita,—contestó tristemente Villanueva.—Creo que pronto podrá V. dejar de tomarse la pena de venir á verme.

—No tan pronto como piensa V.,—repuso Aurora. —Bien sabe V. que tengo la mayor satisfacción en poder servirle en algo, por poca cosa que sea.

—Lo creo, señorita; pero déjeme V. decirle que saldré curado de esta herida más resuelto que nunca á ir á buscar á los franceses. Por eso quiero estar restablecido pronto, para volver cuanto antes al combate.

—Le suplico no se exalte V. ahora, Villanueva.

—No me exalto, Aurora: sólo digo que me tarda el feliz instante de reunirme con mis fieles camaradas.

Callaron los dos, y Aurora procedió á la cura con menos rapidez que los otros días.

—Está muy bien la herida,—dijo.—Siguiendo así, dentro ocho días estará V. en disposición de levantarse.

—¡Dentro ocho días! ¡Ya se habrá librado otra batalla en que no estaré yo!

—Por desgracia no le faltarán á V. ocasiones en que demostrar su valor si tanto anhela la gloria.

—No anhelo gloria, señorita. Los motivos son otros.

Temerosa Aurora de suscitar una conversación harto vidriosa, tuvo por conveniente no insistir preguntando qué motivos eran.

Terminada la cura, la joven, en vez de irse apresuradamente como el día anterior, quedóse junto al lecho. Involuntariamente contemplaba con tierna compasión á Villanueva, que se mostraba sombrío y taciturno, sin hablarla ni mirarla.

—¿Quiere V. algo, Villanueva?—exclamó la joven para romper el embarazoso silencio que reinaba hacía algunos minutos.

—Gracias, señorita: nada necesito ya.

Aurora le puso la mano en la frente, que estaba abrasando.

Indudablemente Villanueva había experimentado alguna violenta impresión.

—Le suplico se tranquilice V., amigo mío,—dijo la niña.—Paréceme que está V. agitado de extraña manera.

—Señorita,—exclamó el herido,—hay desengaños que matan con más seguridad que una bala. He de confesarla á V. que la amaba desde mucho antes que viniese V. aquí, y que me había forjado la ilusión de que me amaría V. también, alentado por Enrique. Hoy he sabido que su corazón de V. era ya de otro, viendo así tronchada la más risueña esperanza de mi vida. ¡Ah! Ese amor á un hombre que combate contra la patria, me recuerda lo ocurrido á mi bravo jefe. Parecíame entonces imposible que pudiese acontecer jamás un caso igual. ¿Qué tiene de extraño que encuentre V. ardorosa mi frente, ni qué es el incendio de mi cabeza comparado con el fuego de los celos que me abrasan el corazón?

II

Angustiosa era la situación de Aurora. La hablaba un enfermo y podía causarle la muerte según las palabras que le respondiese. La joven vaciló entre mentir ó confesar toda la verdad á Villanueva, á riesgo de sobrexcitar más su calentura y ocasionar su perdición.

—Villanueva,—exclamó con voz temblorosa por la emoción,—el estado en que se encuentra V. le hace ver las cosas de distinto modo de como son en realidad. Yo no amo á nadie absolutamente del modo que V. cree, y le juro que, en cuanto á V., no puede ser más honda ni verdadera la estimación que le tengo. Ni yo merezco ¡pobre de mí! que fije V. en tan humilde mujer como soy un sentimiento tan halagador para cualquiera como es su cariño de V., el cariño de un valiente, de uno de los más bravos y valerosos combatientes españoles. Tranquilícese y procure que sean nuestras relaciones las de la más cordial amistad. No puede ser mayor la simpatía que me inspira V. ¿A qué turbar la tranquilidad y fraternal afección que deberíamos profesarnos con extrañas aspiraciones y turbados pensamientos? Sea V. para mí lo que era V. para mi hermano, que no es menor el afecto que yo le tengo que el que le tenía él á V.

Villanueva sonrió tristemente y meneó la cabeza en señal negativa.

—Aurora,—respondió,—no es culpa de V. lo que pasa: es desgracia mía. El amor no se impone: nace. No se le puede ahogar sino muriendo; no se le puede resistir sino matando. Inútil empeño el de intentar desviarlo. La amo y no dejaré de amarla mientras aliente: ama V. á otro y, si de veras le ama V., como creo, probablemente le amará V. hasta sacrificárselo todo.

—Le suplico que deseche V. esa idea, Villanueva.

—Es V. harto buena en querer consolarme; pero no conseguirá V. jamás hacerme entender otra cosa que lo que sé. De todos modos, le agradezco á V. su bondadoso cuidado en evitar clavarme en el pecho el agudo puñal de la verdad.

—Villanueva, piense V. en la vivísima amistad que le profeso.

—Le doy á V. mil gracias por ello, señorita; pero crea V. que, por envidiable que sea su amistad, no consigue desvanecer la amargura de un amor malogrado. Pero harto la he molestado ya y he de pedirle me dispense V. el mal rato que le he podido causar.

Aurora sentía verdadera compasión por el pobre herido, y con dulcísimo tono le dijo:

—No se aflija V. Mañana espero encontrarle más aliviado que hoy.

—Sin duda alguna.

—Adiós, pues. Hasta mañana.

—Adiós.

III

Muy agitada salió la niña de la casa cuando había cerrado ya la noche, por demás oscura.

Conrado Walewsky la esperaba impaciente, y así se lo dijo al acercarse á ella.

—Hoy, más que nunca, necesitaba verte y hablarte mucho tiempo,—le dijo.—¿Está más grave el herido?

—No; pero me he detenido algún rato con él para consolarle del pesar que tiene por no poder reunirse con sus compañeros de armas.

—Es un bravo joven, digno de mejor suerte.

—¿Por qué de mejor suerte?

—Porque te ama apasionadamente.

—¿Me ama? Y ¿cómo sabes eso?

—Lo sé por D.ª Bernardina, tu dueña. Esta noche la ha pasado Villanueva llorando y delirando.

—Pues él sabe también que yo te adoro.

—¡Extraño caso! ¿Quién se lo habrá dicho?

—No lo puedo atinar. ¡Pobre amigo mío! Bien he visto lo que sufría.

—Verdad que debe sufrir mucho. ¡Amarte y no ser amado! ¿Qué mayor tormento?

—Y, sabiendo lo que pasa, ¿tendrás suficiente confianza en mí para no inquietarte de que siga viéndole?

—Tengo en ti toda la confianza que tendría en un ángel.

—Haces lo que debes. Soy digna de ella y creería que me desprecias si otra cosa pensaras.

—¡Oh, no! Bien sabes cuánto te respeto y te adoro, más aún que por tu nobleza y tu divino rostro, por tu angelical carácter. Aurora mía, van á llegar ahora días de prueba. Mañana salimos á campaña. Puede pasar mucho tiempo sin que nos veamos. En tanto no tengas noticia de mi muerte, es señal que vivo, y, mientras viva, es que te amo.

—¡Triste motivo es el que va á separarnos!

—Triste ciertamente. ¡Qué horror me causa ahora pensar en la guerra! ¡Yo, que sólo quisiera ver difundirse por el universo entero este mismo amor sin límites que por ti siento!

Iban acercándose á la casa de Osorio, seguidos por la dueña, que marchaba, como los demás días, á considerable distancia de ellos, proyectando una vaga sombra negra. No pasaba un alma por las calles, estaban cerradas las puertas, y sólo se oía de vez en cuando el eco lejano de los tambores tocando retreta.

—Cerca estamos,—dijo Conrado.—Adiós, vida mía.

—Adiós, mi Conrado.—¡No me olvides!

—¡Olvidarte! ¡Oh vida mía! ¿Cómo olvidar lo que me hace vivir?

—¡Adiós!—exclamaron los dos jóvenes con imperceptible acento. Y, sin saber cómo, se encontraron sus labios, cambiando un apasionado beso.

—¡Miserable traidora!—exclamó de pronto una voz, que hizo estremecer á Aurora.—¡Más miserable todavía tú, villano, robador de honras!

IV

Era Villanueva, que se había escapado del lecho, ardoroso y febricitante, y había tenido fuerzas para irlos siguiendo, amparado por la dueña de Aurora, infausta nueva de los amores de la niña y le había cedido aquella noche su puesto para ir siguiendo á la enamorada pareja.

Conrado tiró del sable, y lo mismo Villanueva, interponiéndose Aurora entre ambos.

—¡Es Villanueva, Conrado!—prorrumpió diciendo con angustioso acento.

—¡Vos!—exclamó el polaco bajando el arma.

—¡Yo! ¿Pensáis que no tengo alientos para mataros aquí mismo?

—Podéis matarme si queréis; pero no obligarme á cruzar con vos mi espada en estos instantes.

—¿Qué os importa el modo como me encuentro si me sobran bríos para llamaros mil veces cobarde, villano y miserable?

—¡Villanueva! ¡No pongáis tan á prueba mi paciencia!

—¡Defiéndete, vive Dios, ó te mato como á un perro!

—¡Villanueva! ¡Sabéis dónde encontrarme en todas ocasiones!

—¿Quieres escaparte? ¡Qué miedo tienes!

—¡Por favor, os pido que no me obliguéis á cometer un asesinato!

—¿Qué puedes hacer tú más que eso?

—Villanueva, yo os juro venir á encontraros dentro quince días.

—¡Quieres huir! ¡Cómo demuestras tu cobardía! Pero no, no podrás escaparte ya.

—Mirad que no soy dueño de mí y que lo que queréis que haga es una infamia.

—¡Pues aquí te has de batir, vive Dios, porque si huyes he de perseguirte y atravesarte por la espalda como á un vil y cobarde desertor, y he de matar á esa...!

—¡Basta ya!—rugió Conrado.—¡En guardia y á muerte!

Cruzaron sus aceros los dos hombres, y al cabo de un momento cayó Villanueva bañado en sangre, exhalando un ronco suspiro y espirando en seguida.

—¡Horror!—gritó Aurora al cogerle las manos y encontrarle cadáver.

—¡Él lo buscó!—exclamó Conrado.—¡El infierno lo ha querido! ¡Piérdase todo de una vez!

Y, como si estuviese presa de un vertiginoso arrebato, el polaco cogió en sus brazos á Aurora, desmayada, y huyó [illegible]

[illegible] las cuales se armó la mayor ba- | [illegible] eran tan sólo 7,000 hom- | por sus filas, e
[illegible] bres de infantería y 1,000 de caballería, formando | [illegible]
[illegible] una vanguardia divididas de a pie y una [illegible]
[illegible] tada, regidas respectivamente por D. Martín de la | Alver el duque del Parque, aquel inmo-
[illegible] Carrera, Losada, Belveder y el bizarro príncipe de | nico, corrió hacia donde estaba el riesgo, arengando
[illegible] Anglona. | á los soldados y tratando de hacerles ver la falta de

II

El primer regimiento de húsares franceses había hecho más de lo que había podido, distinguiéndose, entre todos, el capitán Walewsky. Viósele cargar con furioso empuje á la caballería española, siendo la principal causa de su desorden. No parecía sino que algún poderoso motivo le obligaba á acometer de semejante manera á los jinetes de la segunda brigada. Él fué el primero que, rompiendo á escape, se introdujo en nuestras hileras.

Al distinguir á Enrique Osorio, que pugnaba por contener á los dispersos, lanzóse contra él, sable en mano. El valiente salamanquino, al ver que venía sobre él un oficial enemigo, corrió disparado á su encuentro, y con sorpresa vió que era su salvador de hacía pocos días.

—¡Walewsky!—exclamó.

—¡El mismo! ¡Defendeos!

—¡Y vos!

Saltaron chispas de sus sables, suspendiéndose la atención de todos para fijarse tan sólo en aquel due-

...llevados de impetuoso arranque, se arrojaron sobre la artillería francesa...

lo singular. Tras de algunos minutos de lucha encarnizada, Osorio hizo saltar el sable de manos de su adversario, dejándole enteramente desarmado; pero, con sorpresa de todos, en vez de aprovecharse de su victoria, dejó ir libre al polaco.

Osorio había dicho á Walewsky:

—Nada os debo ya: estamos en paz.

El efecto causado por el desarme de Walewsky acabó de devolver la confianza á los nuestros y de introducir la zozobra en las filas francesas.

III

El conde de Belveder había avanzado con parte de la división de reserva, y el príncipe de Anglona con la primera brigada de caballería, la cual dirigió con sumo valor y acierto, decidiendo la pelea en nuestro favor.

La vanguardia y los jinetes que primeramente se habían desbandado, vueltos en sí con las enérgicas disposiciones del duque y sus generales, quisieron resarcirse del efecto que antes habían causado, y, llevados de impetuoso arranque, se arrojaron sobre la artillería francesa, recobrando nuestros cañones y tomándoles varios suyos. Una vez conseguido esto, embistieron al enemigo, que se había apoderado de las alturas de la izquierda, arrojándole ladera abajo de la sierra. Inmenso era el desorden de los franceses en su huída, perseguidos por los nuestros, que se cebaban en ellos con furor.

Osorio había visto que el abanderado del regi-

Dos regimientos de reserva protegieron á los fran-

Renunciamos á trascribir los formidables juramentos que echó Leroux por aquella boca. Baste decir que eran de lo más subido que podía oirse saliendo de un ex *sans-culotte*, veterano, húsar del Franco-Condado y condecorado con la *medaille*. No le cabía en la mollera al buen Leroux que los españoles hubiesen podido derrotar á los franceses, y mucho menos que hubiesen hecho prisionero á su amo, y muchísimo menos aún que le hubiesen arrancado el águila. Para Leroux todo esto era equivalente á haber llegado el día del Juicio final.

Volvióse á casa tirándose sin compasión de los bigotes y fué á decirle á la cautiva lo que estaba pasando.

Contóle todo lo que había ocurrido á Walewsky: su combate cuerpo á cuerpo con un jinete español que, después de desarmarle, le había dejado ir libremente; la nueva hazaña de este mismo jinete introduciéndose entre los escuadrones franceses para dirigirse otra vez á Walewsky, y la presa del águila tras el sablazo á la cabeza.

Aurora no pudo contener un grito de terror al oir aquellas tristes nuevas, segura de que el desconocido jinete debía ser su hermano.

La pobre niña se encontraba en la más dolorosa situación que cabía imaginar, sin poder volver á su casa ni verse amparada por su amante.

Leroux se rascaba la cabeza con desesperación.

—No hay otro remedio que ir á libertarle,—exclamó por fin,—y le libertaremos. Vos no os moveréis de entre nosotros, y tendréis que perdonar si alguna vez os sentís cansada, aunque mucho será que no pueda proporcionaros bagaje en toda ocasión. Pasaréis por sobrina mía y no os quejaréis de la perfecta cortesía que distingue al ejército francés, y en particular á la caballería.

Aurora, en un estado de completo decaimiento, no tenía ánimos para tomar resolución alguna.

—Ya llegará Kellermann y les daremos una buena lección á esos soldaditos que se permiten la franqueza de plantarnos cara y ¡voto á bríos! de hacer prisionero á mi capitán. ¡A la fuerza debía ser el diablo en persona quien tal hizo! ¡Oh cuando llegue Kellermann!

Pero Kellermann no llegaba, y quien iba á llegar de un momento á otro era el duque del Parque, con sus vencedoras tropas y el refuerzo de los 8,000 hombres de Ballesteros.

Sabedor Marchand de que el duque había atravesado el Tormes por Ledesma y que venía sobre él con más de 18,000 hombres, evacuó apresuradamente Salamanca, fortificándose en Medina del Campo y Alba de Tormes.

El duque del Parque entró en la capital aclamado por un pueblo entusiasmado, que recibió en triunfo á los vencedores de Tamames, colmándolos de festejos y abasteciéndolos magnífica y desinteresadamente.

El 1.° de noviembre se incorporó al duque la división quinta ó castellana, con la cual tenía cuatro á sus órdenes: primera, de Losada; segunda, de Belveder; tercera, de Ballesteros, ó asturiana; y quinta, del marqués de Castrofuerte, sin contar la vanguardia del denodado D. Martín de la Carrera. La cuarta, de D. José García, seguía en el Vierzo. El duque del Parque y Mendizábal, su segundo, estaban, pues, al frente de 26,000 hombres.

Faltábale mucho, sin embargo, á aquel ejército para poder considerarse como bien disciplinado, participando su organización actual de los defectos de la antigua y de los inconvenientes que resultaban de los varios é informes sistemas empleados por las respectivas juntas provinciales.

Con todo, animaba á las tropas un excelente espíritu, acostumbradas muchas de ellas á hacer rostro á los franceses, como en Sampayo, y alentadas otras con el glorioso y reciente triunfo.

Astorga y Tamames habían sido dos jornadas felices. Las cosas seguían marchando bien en Castilla la Vieja y en León. ¡Así hubieran marchado en otras partes!

VI

Aurora se había dejado conducir apática y pasivamente por Leroux, oculta á las miradas de la soldadesca y de los oficiales, que no hubieran respetado quizás á la bella desconsolada, máxime no perdonando á Walewsky su mala suerte en dejarse arrebatar el águila.

Leroux instaló á la niña en una casa cerca del castillo de Alba, cuidando de que no le faltase nada y atendiéndola con verdadero cariño. Poco á poco había ido concibiendo por Aurora una afección que tenía algo de paternal, y, conociéndolo la española, le pagaba su ternura mostrándose siempre amable y dulce.

Incesantemente hablaba de lo mismo, pensando en el ausente. Un día recibió Aurora una carta de Walewsky. El capitán se encontraba prisionero en Salamanca.

Enrique había sabido quién era el matador de Villanueva y le había desafiado, no llevándose á efecto el duelo por no haberlo querido aceptar Conrado. Entonces Osorio había jurado tomar venganza en su hermana, y, por lo tanto, Walewsky esperaba la primera ocasión para recobrar su libertad, reunirse con ella y dejar al punto el suelo de España para ir á pelear en otras partes ó abandonar el servicio, temeroso de matar algún día á Enrique si con él se batía.

Aurora derramó amargas lágrimas, acusándose de ser la causa de las desgracias del capitán, en vez de acusarle de haber ocasionado las suyas propias. Tentada estuvo en muchas ocasiones de tomar el velo en aquel mismo convento de Alba de Tormes; pero sentía en el fondo de su corazón vivísimo amor al capitán y no podía desprenderse de la esperanza de volverle á ver. Sufría, con todo, su corazón de española, teniendo que esperar la liberación de su amante de la derrota de los soldados que defendían la independencia nacional, y se torturaba la imaginación pensando cómo podría salvarle.

Sin embargo, lejos de Salamanca, ¿cómo procurar su evasión?

Una noche, sin advertir á Leroux, abandonó Alba de Tormes, y, trocando su traje por otro de *charra*, y envuelta en el *manteo*, emprendió el camino de la capital, resuelta á conseguir la libertad del que era el ídolo de su corazón.

Al amanecer del siguiente día divisó los campanarios y torres de la monumental ciudad, y fué á hospedarse en una humilde posada de la plaza del Mercadillo.

Acto seguido, y recatándose siempre, se dirigió á la plaza de Santa María, en busca del buen padre Alcántara.